

Cardenal Dr. D. Isidro Goma y Tomas

CONGOJAS DE JOSÉ: SE LE REVELA
EL MISTERIO: Mt. 1, 18-25

Explicación. — Es probable que a la vuelta de la Virgen de casa de su prima Isabel, habiendo transcurrido más de tres meses de la encarnación del Verbo en su seno, apareciesen ya exteriormente las señales de su maternidad. Llegada María a Nazaret, donde vivía su esposo José, pudo éste notar, con la natural congoja, el hecho, para él inexplicable, no sabiendo conciliar lo que parecía una falta, que la ley castigaba severamente, con la virtud que claramente resplandecía en su esposa, tanto en sus palabras como en su conducta, virtud que nunca había dejado de admirar. Este delicado e íntimo episodio es el que refiere San Mateo, con la explicación de los hechos accesorios, complementándose así los Evangelistas en un punto capital de los sucesos misteriosos ocurridos antes del nacimiento de Jesús.

CONGOJAS Y SUEÑO DE JOSÉ (18-21). — Puesta la genealogía humana de Jesús como preludio de su Evangelio, San Mateo se preocupa inmediatamente de puntualizar el origen divino del Mesías y su concepción sobrenatural: *La generación de Cristo fue de esta manera...*, es decir, de la manera que va a narrar. José y María habían celebrado sus esponsales, conforme a la costumbre del país; reunidos en casa de la esposa los amigos y parientes de ambos, habíanse hecho las mutuas promesas; la principal de ellas era la celebración solemne del matrimonio en el tiempo estipulado, que oscilaba de unas semanas a un año. Estos esponsales, en orden a la mutua fidelidad, importaban los mismos deberes que el matrimonio. En el decurso de este tiempo, y antes que se celebrase la pública y solemne recepción de los esposos en una misma casa, para empezar la convivencia bajo el mismo techo, se ofreció a José una sorpresa desagradable: la vista de los signos externos de la preñez de la esposa. El Evangelista, para evitar la más leve sombra que pudiese empañar el nombre de la Inmaculada Madre, se apresura a afirmar que lo que en su seno llevaba María era obra del Espíritu Santo: *Siendo María, su Madre, desposada con José, antes que viviesen juntos fue hallada que había concebido del Espíritu Santo*. María había celado a todo el mundo, incluso a su esposo, la altísima y ocultísima merced: sierva de Dios como se había declarado, déjase al cuidado de Dios que ha querido hacerla su madre. Sólo por divina revelación habían conocido el misterio Zacarías e Isabel. De aquí la tortura del castísimo y prudentísimo esposo. Varón justo, que amoldaba siempre sus actos a los dictados de la ley y de la conciencia, no podía recibir por mujer a la que veía ya madre sin haberla conocido maritalmente. Pero tampoco podía difamarla, denunciándola a los jueces o dándole el libelo de repudio, porque estaba seguro de su castidad e inocencia, que ni sospecha de adulterio podía ocurrirle. Por ello adopta una sapientísima resolución: la de devolverle la libertad de soltera en forma sigilosa y oculta: *Mas José, su esposo, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente*; lo que pudo hacer José yendo a vivir a otra región, o darle el libelo de repudio ante dos testigos, si la ley del repudio

(Deut. 24, 1) se aplicaba también a los simples desposados, ignorándose el tiempo que consentiría Dios las terribles dudas.

Pero mientras pensaba en ello, porque ello sería su preocupación de día y noche, *he aquí que*, inesperadamente, *un ángel del Señor se le apareció en sueños*, no soñando, sino a la hora del sueño, en visión nocturna, *diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer*. Creen algunos sería el mismo Gabriel, el ángel de la Anunciación, que aparecería en forma visible y en propia persona a José; no en simple representación imaginativa. El santo varón debió sentir emoción profunda al oír que se le llamaba por su propio nombre, señal de amable familiaridad; que se le indicaba su noble prosapia, lo que presagiaba algo relacionado con ella; y que se descubrían sus secretos temores, en lo que aparecía una inteligencia superior. Y vería ya claramente que se le explicaría por qué podía sin temor recibir solemnemente por mujer a María. Efectivamente, el ángel, con sencillez sublime y claridad meridiana, le revela el estupendo misterio: *Porque lo que en ella ha nacido viene del Espíritu Santo*, es decir, lo que en ella ha sido engendrado, por nadie lo ha sido, sino que es obra del Espíritu Santo, que sobre ella ha venido para producir la estupenda obra del amor de Dios. Cuando llegue el tiempo oportuno, *parirá un hijo*, no para ti, como Juan para Zacarías (Lc. 1, 13), sino para todo el mundo: pero tendrás sobre él los derechos de paternidad, porque tú eres el esposo de su madre y el jefe de la familia; y, por ello, *le darás el nombre de JESUS*. Y añade el ángel la razón de esta denominación del Hijo de María: *Porque él salvará a su pueblo de sus pecados*; el pecado es la máxima de las esclavitudes, porque lo es del espíritu humano al espíritu soberbio e inundo, el demonio: con ello da a entender el ángel el carácter espiritual del reino mesiánico.

JOSÉ RECIBE A MARÍA (22-25) -- José no dudó un momento de la verdad que se le anunciaba: ni pensó más en dejar a su esposa. La aceptación de las palabras del ángel por parte del esposo es una prueba providencial de la concepción virginal de Jesús: ¿cómo, si no, hubiese José accedido a recibirla solemnemente en matrimonio y convivir con ella? A esta prueba histórica de la virginidad de la santísima Madre añade el Evangelista la prueba de la profecía que se ha realizado ya: *Y todo esto fue hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el profeta, que dice: He aquí, la Virgen concebirá y parirá un hijo*. La profecía es de Isaías (7, 14): es absoluta y directamente mesiánica, como la reconoce toda la tradición judía y cristiana: se trata de una concepción y parto milagroso y de una virgen que lo será por antonomasia. De hecho, en la historia del cristianismo la Madre de Jesús es «la Virgen»; es la misma virgen que el profeta viera en el fondo de su espíritu iluminado por la luz profética; es la misma creación divina, manifestada entonces por Dios mismo, y realizada ahora. Y sigue la profecía: *Y se le dará el nombre de Emmanuel, que quiere decir: «Dios con nosotros»*; acostumbra la Escritura, y en este caso es Dios mismo quien impone el nombre, llamar a las personas por sus obras: las obras de Jesús serán obras de Dios; porque Jesús es Dios: Jesús vivirá y tratará con los hombres: por consiguiente se llamará Jesús con razón: «Con nosotros Dios».

José obedece pronta y totalmente al ángel: *Y despertando José del sueño*,

hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. Concertó con su esposa y sus parientes lo relativo a la solemne ceremonia nupcial, y María, ataviada de sus mejores galas, con el cortejo de costumbre, fue solemnemente recibida en el hogar de José.

El Evangelista añade una afirmación de la que han tomado pie los herejes para impugnar la perpetua virginidad de María: *Y no la había conocido*, tratándola maritalmente, *cuando parió a su hijo primogénito*. No la conoció carnalmente antes ni después del nacimiento de Jesús: vivieron los esposos en absoluta castidad. Para nosotros es un dogma la virginidad perpetua de la Madre de Dios, antes del parto, en el parto y después de él. De la negación de San Mateo no puede deducirse una afirmación contraria para lo sucesivo; como han hecho Joviniano, Elpidio y otros herejes. La intención del Evangelista es demostrar la concepción y nacimiento virginal de Jesús, y, por lo mismo, que Jesús no era hijo de José, según la carne. Excluida la intervención de José en la generación de Jesús, los lectores del Evangelio de San Mateo, que sabían que no tenía María más que un hijo, Jesús, sabían que la Señora permaneció virgen, porque el «primogénito» de la virgen de Nazaret era realmente su «unigénito». De hecho, la tradición histórica, ya desde el siglo II, es unánime en afirmar la perpetua virginidad de María, y la tradición teológica ha puesto siempre el dogma de la concepción virginal de Jesús en el mismo rango de su resurrección. No puede ser más clara esta verdad de lo que se expresa en las mismas palabras de la anunciación.

Con todo, esta exclusión de José en la obra de la generación de Jesús no amengua su dignidad excelsa. Su matrimonio con María es verdadero matrimonio. El es quien merece guardar el tesoro de la virginidad de la purísima criatura. Es el jefe de la Sagrada Familia. Tiene sobre el Hijo todos los derechos de la paternidad, salva la concepción virginal: por ello, como verdadero padre, impone su nombre al hijo de María por mandato del ángel: *Al que dio el nombre de Jesús*.

Lecciones morales. — A) v. 18 — *Antes que viviesen juntos, fue hallada que había concebido...* — De las terribles congojas de José debemos aprender que no hay condición alguna de la vida exenta de dolor. Varón justísimo, sin culpa alguna por su parte, cuando se creía feliz por su próximo matrimonio con la santísima María, viene a turbar la paz de su corazón la desgracia mayor que puede venir sobre un santo desposado. Una simple confidencia de María hubiese devuelto la calma a su corazón. Pero Dios quiere probarle, como el oro en el crisol. El crisol es el dolor, preciso entre toda vida humana: la visita del dolor es la visita del amor de Dios. El mismo cuidará, como lo hizo con José, de sacar provecho de nuestros dolores si los recibimos como venidos de su mano y si en Él confiamos.

B) v. 19 — *Mas José su esposo, como era justo...* — Para alabar a José, el Evangelio condensa su elogio en una palabra: era justo. Por la justicia quiso dejar a su esposa, porque ni la ley ni su conciencia le consentían vivir con ella. Como justo no quiso difamarla, porque estaba convencido de su inocencia. Como justo, adoptó la justísima resolución de separarse de ella. Siempre fue la justicia su norma de vida. — Tal debe ser también la regla de

la nuestra. Justicia y santidad triunfan siempre en orden a la vida eterna: muchas veces, como en este trance de la vida de José, ya reciben el premio en esta vida.

C) v. 20 — *He aquí que un ángel del Señor se le apareció...* — Dios es fiel y no nos probará jamás sobre nuestras fuerzas, sino que dará con la prueba la fuerza para resistirla. Prueba de ello es este momento culminante de la vida de José. Cuando le parecía cerrado todo horizonte, y no había poder humano para devolverle la calma, Dios le envía oportunamente un ángel del cielo. La congoja se convierte en dulce calma, y la pena en inefable gozo: el gozo de ser padre putativo del Hijo de Dios y Jefe de la familia en que nacerá.

D) v. 22 — *Y todo esto fue hecho para que se cumpliera lo que habló Dios...* — Admiremos la providencia de Dios en el gobierno espiritual del mundo y la fidelidad a sus promesas. En ocasión solemne para la historia de Israel, promete Dios, por boca de Isaías, la venida de Emmanuel, que nacerá de una virgen. Llegada la plenitud de los tiempos, Dios cumple escrupulosamente los estupendos vaticinios: Él mismo se hace Emmanuel, conviviendo personalmente con los hombres, y nace de una virgen purísima, fuera de toda ley natural. «Todo esto, dice sentenciosamente el Evangelista, fue hecho para que se cumpliera lo que habló el Señor...» La historia de lo pasado es garantía de lo futuro. En la historia general de la Iglesia, como en nuestra vida particular de cristianos, se cumplirán todas las promesas de Dios. Pasará el mundo, pero la palabra de Dios no pasará.

E) v. 24 — *Hizo (José) como el ángel del Señor le había mandado...* — Admiremos la obediencia pronta y exacta de José al mandato del ángel, en quien reconoce el transmisor de la voluntad de Dios. No importa lo arduo del mandato, ni lo humanamente inexplicable de las razones que le da el celeste mensajero. Pensamiento y voluntad de aquel varón justo se doblegan, y sigue la celebración de un acto público y oficial, contra su resolución anterior de dejar ocultamente a la esposa. Es en verdad obediencia heroica, a la que dista mucho de asemejarse la nuestra.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, p. 279-284)